

---

## REFLEXION IX.

El juego daña en las amistades.

La amistad, que Sócrates prefería á la posesión de los demás bienes, <sup>1</sup> que Cicerón reputó el mayor don que los mortales han recibido de los Dioses, <sup>2</sup> y el Eclesiástico llamó remedio de la vida y de la inmortalidad, <sup>3</sup> aquella virtud que duplica el gozo en la prosperidad, disminuye la pena en los infortunios, y multiplica á un individuo en otras tantas personas, cuantos son los amigos verdaderos: ésta sufre mortales golpes y padece sensibles quiebras en el juego, consideración que sola, debería hacerlo odioso entre los hombres. No necesito para persuadirlo usar de dilatados discursos, ni buscar de lejos las

1 Apud Erasmum, lib. 3, Apoph.

2 Lib. de Amicitia.

3 Cap. 6, núm. 16.

pruebas, cuando él mismo las ministra sobreabundantes.

La amistad es un lazo, que ata los espíritus, conformando entre sí las voluntades; pero si éstas tiran por rumbos encontrados, rompen la coyunda y disuelven la amistad: de tal oposición de efectos es un manantial perenne el juego. Si los amigos no siguen la misma profesión, ¿cómo han de poder convenirse con un tahur? La amistad verdadera, como indistinta en el fondo de la caridad, es paciente y sobrelleva los defectos y flaquezas; pero no tolera los vicios que se la oponen y la destruyen enteramente. ¿Qué sociedad podrá haber entre lobos y corderos? ¿Ni qué amistad entre un hombre que piense con rectitud y juicio (cual debe ser un buen amigo), y un jugador, cuyas costumbres forzosamente corrompe su profesión? <sup>1</sup>

No es menester levantar la consideración hasta el orden de la gracia,

1 Arriba en la Reflex. 5.

aun hablando de tejas abajo, y obrando un hombre por solas las luces de la razón, no puede conformarse con un tahir. Sparta rehusó la alianza de Corinto por la nota de jugadores, con que estaban manchados sus príncipes, y por la misma causa Augusto César fué despreciado de los suyos.<sup>1</sup>

Quien sigue este ejercicio, ¿á qué oficio no faltará de la amistad, cuando se olvida hasta de sí mismo? Dejará de ver á un amigo muchas veces de las que deba, no lo servirá cuando necesite de su auxilio, lo cansará con repetidos préstamos, que le serán gravosos por el fin á que se dirigen de fomentar una pasión; lo enfadará con resistir los consejos, que es fuerza le dé, sobre que abandone su profesión, y desesperado al fin de su enmienda, se avergonzará de asociarse con él y le dará de mano, porque á los tahures, ninguno de los que no lo son los ven bien, ni llevan en paciencia.

Mas demos que los amigos sean ta-

<sup>1</sup> Beyerlinc Verbo Alea.

hures también: entonces es más difícil se conformen las voluntades. El espíritu de codicia que anima á unos y otros, no puede desahogarse sin lesión de la amistad. Irán y se sentarán juntos en los tablajes; pero estarán muy distantes unos de otros sus deseos: se ofrecerán y prestarán mutuamente su dinero; pero apetece rá cada uno barrer con todo. Sentirá éste la ganancia del otro, si ella comprende también á sus monedas; y se alegrará de su pérdida, si cede en su favor: finalmente el calor del juego, que no da lugar á ninguna reflexión, hará se falten á cada paso en infinitas menudencias, que excitarán repetidas quejas y resfriarán del todo los afectos.

Las mejores amistades que se han conservado largo tiempo, no duran mucho, si se prueban al crisol del juego. Los mismos tahures reconocen que allí es el puesto donde se ven más infidelidades é inconsecuencias, y cualquiera lo conoce, si medita su espíritu, naturaleza y circunstancias,

contrario todo á la amistad. La sentencia común de que él es la piedra de toque de las gentes, tiene lugar con los que juegan de cuando en cuando, y con todos en los principios antes de corromperse; pero no con los que lo hacen de profesión. Ella exige que todos sean enemigos en el puesto, que no es sino un combate en que pugnan los unos con los otros: ¿cómo, pues, es posible que allí mismo sean amigos?

Perdidas por el juego las verdaderas amistades, entran á reemplazarlas las que allí se adquieren, que es un segundo daño. Más valdría quedarse sin ningunas, que ocupar el hueco de las buenas con las malas que las suceden. ¡Cuántas veces un vecino de calidad y distinción, tiene que avergonzarse de hablar en público con un bribón, ó con un gabacho, que lo obligó en el juego, y que se complace en lucir su familiaridad! Cuántas se halla precisado á interponer por él, sus respetos en asuntos tan bajos y ruines como su dueño! ¡Y cuántas tiene que

sufrir por esta causa las zumbas y escarnios de los de su clase, á más de ser á sus espaldas el blanco de las sátiras y murmuraciones del pueblo!

Y aunque las amistades sean entre iguales, como no tienen más fundamento que el interés, ni se terminan á las personas, sino al dinero, no producen otro efecto que un comercio incómodo y gravoso, ni tienen más valor, como decía Solón<sup>1</sup> de los amigos de los tiranos, que el de los números en el arbitrio del contador, que según sus diversas posiciones, unas veces valen mucho, otras poco y otras nada. Si los han menester, se los meten por el alma y se derraman en expresiones; éstas se disminuyen á proporción que aquella necesidad, y cesan del todo, faltando ella. Con los amigos del juego se usa el mismo manejo que, según Diógenes,<sup>2</sup> observó Dionisio con los suyos, esto es:

<sup>1</sup> Apud Laertium, lib. 1, cap. 3.

<sup>2</sup> Apud Brusonium, lib. 1, cap. 3, utitur ut vasculis, dum plena sunt, evacua; et vacua abjicit.

*Se tratan como á vasos de poco valor,  
si están llenos se vacían; y si están vacíos  
se arrojan. ¡Qué vileza tan indigna!  
¡Qué amistades tan detestables!*

---

REFLEXION X.

El juego varía la bella indole,  
ó genio.

Aquel adagio vulgar, que equiparando el genio con la figura, enseña, no se separa del hombre, sino en los bordes del sepulcro; si se le da un sentido literal, como parece se entiende comunmente, se falsifica por la experiencia y la razón. Por la experiencia, porque sabemos, que Sócrates, siendo de un genio violento, precipitado y brutal, llegó á reformarlo enteramente: por la razón, porque ella dicta, que ni la religión, ni la naturaleza prescriben imposibles, y lo serían, supuesta aquella máxima, muchos de sus preceptos, que pugnan con innumerables genios. Ni se diga que la ley sólo nos prescribe los actos opuestos al genio, los que,

conservándose éste, pueden ejercitarse aunque con violencia: porque muchas veces ordena la misma inclinación contraria, como consta del amor del enemigo.

Yo, pues, concibo que el adagio se dirige á explicar dificultad; pero no imposibilidad de mudar la índole. Ello no es sino aquella propensión, nacida de la particular disposición de cada uno, que lo inclina más á unas acciones que á otras, la que llega por fin á variarse por la repetición de actos contrarios. De este modo digo que la deteriora el juego, transformándola de buena en mala; y de mala en peor.

¿Qué metal hay tan sólido, que resista á repetidos golpes del martillo; ó qué peñasco tan duro, en quien no abra agujeros, ó canales la continuación del agua que le cae encima, ó se desliza por él? Cualquiera reflexionará que muchos sujetos, opuestos naturalmente al juego, y que sólo por fuerza entraron en él, se habitúan después de tal manera, que la aversión se

convierte en inclinación que los arrastra. El mismo efecto se experimenta en el genio puesto en el taller del juego, cuyos incesantes golpes son contrarios á lo que llamamos bella índole, por lo que no es mucho la varíe.

Allí son frecuentes los motivos de indisposición nacidos, ya del azar, ya de las impertinencias de los tahures: es necesario enojarse contra ellos á menudo, y manifestárselos, para poner freno á sus bellaquerías, que no tendrían límite, á conocer se les sufrían: es menester muchas veces contener y moderar aún las expresiones de urbanidad, porque no abusen de ellas: es preciso á cada paso estragar el pudor y cortesía, que embaraza avergonzar á un hombre cara á cara, ó bien negando lo que se pide, ó ya cobrando lo adeudado: y es inevitable á cada momento revestir el semblante de un aire melancólico, ropaje propio de un ánimo pensativo y angustiado. La multiplicación de estos actos va adormeciendo, ó borrando poco á poco el buen genio, al mismo

tiempo que hace más y más vivaces las inclinaciones contrarias, cuya fuerza para conmover al alma crece de día en día, hasta convertirse en costumbre y naturaleza.

Entonces desaparece la bella índole, y el tahir es otro hombre del que solía. De afable, se vuelve áspero y duro: de cortés, grosero é insufrible: de placentero y alegre, triste y macilento: de decidor y chistoso, taciturno y desabrido: de tolerado y sufrido, indiscreto é imprudente: de manso, en fin, y pacífico, iracundo y desesperado, que de nada se altera, no oye razones y mira como ofensas aún los favores mismos. Porque pasa una mosca se irrita, reconviene si no lo saludan y se agravia si lo hacen: regaña por lo bueno y por lo malo, en una palabra (impaciente en todos instantes) nada le parece bien, y le enfadan hasta el sol y el aire.

¡Qué cadena tan dilatada de desastres la que sigue á esta variación de genio! ¡Cuántos infelices se hacen partícipes de los disgustos que les ori-

gina su profesión, y pagan inocentes lo que no han causado! Todos los sabores del juego, y aun cuando no los hay, los malos efectos de un genio depravado y brutal que allí mismo se ha formado, se desfogan en quien no tiene culpa, y lo que es más, se le suele atribuir ésta por unos principios traídos muy de lejos y que sólo en una razón ofuscada pueden servir de basa á unas consecuencias tan disparadas. ¡Qué vida la de aquella mujer con su marido, la de aquellos hijos con su padre, la de los criados con el amo, la de todos los domésticos y aun vecinos con un jugador impertinente, que no habla otro idioma que el de la ira, ni tiene más semblante que el de la cólera!

Yo podría añadir que todo esto recae sobre no atender (como antes de su vicio) las necesidades y urgencias de su familia, transformándose de liberal, en ruin y tacaño; pero no hay quien ignore, que esta es la primer mudanza que causa la profesión, y ya dijo Aristóteles: *que ningún ju-*

*gador es liberal, porque se versa en una torpe negociación, que no anima otro espíritu que la codicia y el más sórdido interés.<sup>1</sup>*

1 Aleatores, fures, et latrones esse liberales, eo quod in turpi lucro versentur, et omnia faciant questus causa, lib. 4, Ethic. cap. 1.

---

## REFLEXION XI.

### El juego perturba el reposo.

Uno de los más poderosos alicientes del juego es el deleite y complacencia que se busca en él. Yo juego, dicen muchos, por divertirme y tomar algún desahogo de mis tareas; y lograrían sin duda este efecto, en los moderados que permite la ley; pero jamás lo conseguirán en los excesivos y prohibidos. Confieso que éstos se les presentan en los principios como una ninfa de extraordinaria hermosura, cuyas gracias lo seducen, y por lo mismo es necesario advertir á los incautos, que su belleza es aparente, y que, quitada la máscara de deidad, no son sino una furia infernal, que en vez de solacear y recrear, inquieta y perturba el reposo enteramente.

¿Qué vida más arrastrada que la de un tahir, en quien ni la tarde y la mañana, ni el día y la noche, ni la comida y la cena, ni el sueño y la vigilia guardan un orden regular, siendo irregular aún el desorden mismo? Unas veces duerme de noche; otras de día, en unos madruga y en otros lo visita el sol en su lecho desde su mayor altura: hoy come muy temprano; mañana muy tarde: á veces la siesta sigue á la comida, á veces la precede: ayer no tomó alimento en todo el día; hoy lo toma repetidas ocasiones: ya es su manjar lo primero que se encuentra; ya lo más exquisito y delicado, aunque lo mismo es uno que otro; pues estando siempre de prisa, más engulle que come, y así no toma sabor á las viandas.

Esta inquietud exterior no es más que indicio de otra mayor que abriga el corazón y agita al espíritu. Durante el juego es el corazón del tahir una veleta á quien soplan sucesivamente diversos vientos, ó una pelota

con quien juegan los afectos, tirándola de unos á otros sin cesar. El temor y la esperanza, la alegría y la tristeza, la ira y la desesperación, mil deseos y cuidados, mil zozobras y palpitaciones lo incitan y combaten. Tan presto se alienta, como se acobarda: tan presto se modera, como se perturba: tan presto habla demasiado, como entra en muda: tan presto alaba, como maldice á su suerte, y muda más semblantes que Proteo figuras. Durante el juego *está su espíritu*, dice San Francisco de Sales, *atado y oprimido con perpetuas inquietudes, aprensiones y congojas*.<sup>1</sup> ¿Podrá esto llamarse tranquilidad y descanso? Pues aun no es todo.

Concluído el juego, una pronta despedida y una salida precipitada, son la primera señal de la rabia, que interiormente lo despedaza. Mientras duraba la sesión, mitigaba el dolor de la pérdida, la esperanza de que en cada momento podía voltear la fortu-

<sup>1</sup> Introducción á la vida devota, cap. 32.

na y desquitarse, para lo que se valía de mudar asiento, variar naipes y barajarlo de diversos modos; pero fuera del tablaje se desvanece aquella esperanza, y fría ya la herida, siente todos sus ardores.

En las calles, casi no ve por donde pisa, ocupado el pensamiento en hacer sus cuentas y tirar medidas para cubrir las deudas que contrajo. Entra en su casa sin hacer caso de nada, ó regañando por todo. Quisiera desnudarse con la ropa de las ideas que lo oprimen; pero ellas lo asaltan hasta la cama. Da incesantes vueltas debajo de las sábanas para coger el sueño, que tarda mucho más que otras veces en ocupar sus ojos. Un vuelco del corazón lo despierta de mañana, siéndole ya entonces la pérdida más sensible, y como una lápida sepulcral que tiene encima, cuyo peso agrava la fantasía, representándole á su puerta los acreedores, para cuya paga no tiene tal vez reales algunos, ó aunque los tenga, se le hace dura la exhibición.

No quiero añadir la aflicción que suele acompañarlo, de no tener ya dinero con que continuar, y la solicitud en buscarlo, basta para oprimirlo sin estos agregados, la amargura de la pérdida. Esta es una saeta que lo atraviesa por donde quiera que va: discurre desasosegado de una á otra ocupación sin insistir en alguna, porque en nada halla consuelo: su espíritu se ve rodeado de mil ideas funestas, de que no puede desprenderse: el mismo conato de borrarlas y divagarse á otros objetos, las imprime más, representándole vivamente con todos sus lineamientos y colores, los lances, las personas y las más menudas circunstancias de su desgracia: por más que quiera apartar la vista interior, siempre tiene estampadas en su fantasía las cartas y figurillas, como un naipé desparpajado sobre una mesa, y entonces suele formar dictamen y promete dejar el juego, lo que aunque no cumple, es prueba clara de su angustia.

Semejante escena se repite muchas

veces; aunque en unas es más trágica que en otras. Una sola catástrofe debería escarmentar á los tahures, ¿cuánto más los muchos que experimentan, siendo más regular perder que ganar? Sobre todo, ellos mismos es fuerza hayan observado que más pesar causa una pérdida que gusto una ganancia igual. Por eso sienten perder lo ganado tanto como lo propio, y ganar lo que habían perdido, no les hace la mayor impresión, como lo denota aquel semblante y despejo con que dicen entonces: no he hecho cosa, tomé desquitarme: de suerte que si no salen con lo que habían ganado, se dan por perdidos; y si restauran lo que habían perdido, no dicen que ganaron. La razón de esto es, porque como los anima la codicia, que es insaciable de por sí, cualquiera avance les parece corto y no llena sus deseos, al mismo paso que la menor pérdida se les figura insoportable. Ésta es la razón que luego se ofrece; pero yo he procurado profundizar más y

me parece he encontrado la radical y fundamental.

En los afectos y pasiones son más fuertes las que tienen por objeto al mal, que las que se ordenan al bien. La ira que no tiene contraria es la más activa de todas, la tristeza más que la alegría, el odio que el amor, el temor y la desesperación que la esperanza y audacia, el llanto que la risa, y el dolor que la delectación. Parece que así lo requiere la calidad de desterrados y delincuentes con que habitamos en un valle de lágrimas, y que dos causas cooperan á producir este efecto. La primera es que los bienes de esta vida no son verdaderos; y sí son verdaderos males los que nos rodean. La segunda, que los afectos que se dirigen al bien, son convenientes y conformes al movimiento del apetito; y le son repugnantes y contrarios los que tienen por objeto al mal, como dice Santo Tomás.<sup>1</sup> Es verdad que el mismo San-

<sup>1</sup> Prima sec. q. 37 á 4.

to enseña, que el amor es más fuerte que el odio<sup>1</sup> y la delectación más apetecible que detestable la tristeza;<sup>2</sup> pero no habla sino atendida la razón genérica y abstraída de los objetos, en cuanto que el bien, como ente positivo, debe ser más activo que el mal, que es una mera privación, confesando allí mismo, que el odio es más sensible que el amor y la tristeza que la delectación.

Resulta, pues, de todo lo expresado que, siendo la ganancia del género del bien; y del mal, la pérdida, debe originar ésta más disgusto que gozo aquella. ¿Y después de esto se mirará todavía como recreación y descanso un ejercicio, en que son más en actividad y número los sinsabores que los regocijos? Terrible desatino llama á esto el V. Sr. Palafox, hablando de los garitos y jugadores, de quienes continúa: *salen rabiando, y dicen que se entretienen.*<sup>3</sup>

1 Prima sec. q. 29 á 3.

2 Prima sec. q. 35 á 6.

3 Pastor de Noche Buena, cap. 18, núm. 5, tom. 5.

No niego que allí se abstrae el hombre y arrebatada enteramente; pero como es con zozobra, inquietud y perturbación, más es trabajo que descanso: como recoge toda su atención, lo ocupa y fatiga más que lo entretiene, y como es con desagrado, no lo divierte; sino que lo separa con violencia de los demás objetos, como lo haría un dolor agudo que sintiese en cualquiera de sus partes.